

José Ramón Menéndez

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



Caso conmovedor. Se acerca a la mesa del café en que trabajo un muchacho de mi pueblo, mucho más joven que yo, pequeño objeto olvidado en el desván de la memoria, que viene a verme, todavía con el polvo provinciano en los zapatos.

—He llegado hoy y me quedaré para dedicarme al teatro y al cine. Una lámpara que se hubiese caído en aquel momento no me sorprendería tanto como las palabras de mi amigo. Pero uno está iniciado en libros de Caballería y no se desconcerta fácilmente.

Habíamos. El venía a mí, según pude ver por sus explicaciones, creyéndome el consul de las Asturias, que podría darle el visado para entrar en el paraíso de sus sueños. El, cándido, adolescente, ayuno de toda picaresca, no sabía nada. Yo vi, viéndole a él, al fantasma de mi mismo mirándose en el espejo de los dieciocho años, pequeño cristal en que cabía toda mi estatura y que el tiempo no ha biselado todavía.

Mi amigo se llama José Ramón Menéndez. Nace en Oviedo en 1936. Diez años después inicia sus estudios de Bachillerato en San Juan Bautista, de Corias. Lo regentan padres dominicos. José Ramón sigue los deseos de su madre: «Será cura. Tiene que ser cura.» El chico se aplica. Estudia con aprovechamiento el primer año, y el segundo, y el tercero, y llega al sexto. José Ramón no será cura.

Continúa sus estudios de Bachillerato en los Dominicos, de Oviedo. Aquí se define claramente su afición al teatro.

—Intervine en «El cóndor sin alas», de Juan Ignacio Luca de

Tena, que representamos en el teatro del colegio.

José Ramón pasa a la Universidad y cursa el primer año de Filosofía y Letras.

—En este tiempo paso al Teatro Español Universitario y me dan papeles importantes para obras de envergadura.

En una provincia los pequeños éxitos se multiplican por mil, como los pequeños fracasos. José Ramón nota que le viene pequeño su pueblo. «¡Hay que ir a Madrid!», debió de exclamar, quizá con las mismas palabras que otros lo hemos exclamado algunos años antes, acaso con la frase perpetua, que servirá de trampolín a otros jóvenes del porvenir.

—Yo ya tenía pensado venir a Madrid en septiembre para dedicarme de lleno al teatro, pero un encuentro con Mur Oti durante el Festival Cinematográfico de San Sebastián, en donde yo estaba como colaborador de un diario ovetense, hizo que me trasladase a Madrid, al ofrecerme un papel en la película que comienza a rodar dentro de una semana.

Promesas. Sueños felices y venturosos al costado de estas promesas. Criminales promesas que se levantan sobre los precipicios del desengaño y de la realidad.

—¿Conocias a Mur Oti?

—No.

10 Agosto, 1954

El chico se acerca al grupo en que están Narciso Ibáñez Menta, Laura Hidalgo y Susana Canales. Mur Oti figura también en el grupo. José Ramón, valiente y decidido siempre.

—¿Cómo te dijo Mur Oti?

—Se lo dije yo. Siempre admiré a este gran director, y tenía desde hace tiempo ilusión en poder comenzar mis pasos con él.

Le pregunto que si le ofreció firmemente un papel. José Ramón casi se molesta.

—Me dijo que era muy probable. El no cree que puede embarcarse a la gente.

—Considero que es una persona seria, con gran sentido de la responsabilidad.

Por eso mismo, por ser personas serias, se olvidan más fácilmente de que ellos han tenido también dieciocho años y un pequeño corazón, morse que marcaba sus sueños en la cinta larga y sutil de las noches bordadas de paz familiar.

—Y si te fallara esto, ¿qué harías?

—No perderé la esperanza. Si me falla esta ocasión, buscaré otra.

José Ramón viene lleno de esperanzas. Son dieciocho años frágiles y resistentes, llenos de valentía, exentos de pequeños miramientos, pujantes y suicidas.

Le pregunto por el consentimiento paterno.

—Mis padres, en especial mi madre, siguen considerando la profesión del teatro como se consideraba en provincias a principios de siglo. A pesar de todo, como era lógico, han tenido que ceder.

—¿Y si no hubiesen cedido?

—No les quedaba más remedio. He nacido actor y tengo que serlo.

Observación de veteranía: el dinero con que no se cuenta para dar los primeros pasos.

—Efectivamente, no traigo dinero.

—A pesar de ello, ¿cómo ves la vida?

—A mis dieciocho años no hay más que un modo de ver la vida.

José Ramón, madrugador para salir a la vida, pequeño grumete de este viejo velero de la vida, acaso tenga una novia en un convento de monjas.

—La tuve, pero ya no la tengo. Mi tipo de mujer es el de aquella que sea lo suficientemente inteligente como para no tener que aguantarla.

En estos casos no hay que sonreírse. Hay que ser comprensivo y seguir adelante con las preguntas.

—¿Crees en una decadencia del teatro, José Ramón?

—El teatro es un arte universal y con muchos años de existencia. Este es un punto sobre el que se podría hablar muy largamente. Sin ir más lejos, Italia, un país que antes de la guerra mundial tenía una crisis teatral mayor que la existente en España, es hoy la mayor potencia teatral de Europa, a pesar de ser el número uno en el cine mundial. Entre el teatro y el cine, aquí queda demostrado que no puede haber competencia.

—A pesar de tus dieciocho años, ¿admiras a alguien?

—A nadie. Solamente deseo llegar a ser tal como me figuro en mi subconsciente.

Oviedo, ciudad cordial con el visitante, es, sin embargo, criminal y terrible con los hijos que no le salen tontos de café con leche.

—¿Qué te decían cuando hablabas de tus aspiraciones?

—Me tomaban por loco y hacían humorismo.

Le hablo de la necesidad de asistir a la Escuela de Declamación.

—No apruebo al actor de Conservatorio, porque el arte no puede admitir frias disciplinas enseñadas por dómínes.

Después de esta entrevista, José Ramón Menéndez se da a la mar. Va un poco a la buena de Dios, confiando en los vientos, en las mareas y en los hombres. Ya veremos cómo se portan los hombres, porque de ellos dependerán los vientos y las mareas que moverán a su antojo a este pequeño bajel moderno de romance antiguo.